

Fernando I, tan pronto como se sintió firme en el trono, se propuso hacer una prueba para asegurarse del brio y fuerza del reino unido de Leon y Castilla, así como un buen jinete pone á prueba un hermoso corcel antes de emprender con él un viaje ó una campaña. Dirigió la primera embestida contra Mozafar de Badajoz, al cual arrebató en 449 (1057) á Viseo y Lamego; en los años siguientes quitó al hudida Moctadir algunas fortalezas al Sur del Duero, y despues tocó su vez á Ma'amun de Toledo, de cuyo territorio conquistó Fernando la parte septentrional hasta Alcalá de Henares, y aun habría tomado esta ciudad si Ma'amun no hubiese comprado la paz con ricos presentes. Los tres emires tuvieron que reconocer la soberanía de Castilla y pagar un tributo anual so pena de perder mas territorio, mientras el vigoroso soberano tenia ya el paso despejado para avanzar mas al Sur. En 455 (1063) invadió el territorio de Sevilla, y Motadid, conmovidísimo del rudo golpe y de la traicion y muerte de su hijo Ismael (1), creyó prudente seguir el ejemplo de los tres emires citados, bien que el muy taimado supo hábilmente rebajar bastante, á cambio de la entrega de algunas reliquias, las exigencias del rey de Castilla, ofreciéndole entre otras los restos mortales de San Isidoro de Sevilla, á los cuales mostró súbitamente gran veneracion. Por lo demás, hubo de reconocerse vasallo del rey y obligarse á pagar un tributo anual como los otros. El año siguiente 456 (1064) los cristianos, á pesar de la paz pactada con el emir de Badajoz, tomaron á Coimbra, y Fernando, desde su nueva base de operaciones en el territorio de Toledo, emprendió una campaña peligrosa contra Valencia, donde reinaba desde la muerte del amirida Almanzor (453 = 1061) su inepto hijo Abdelmelik con el sobrenombre de El-Mozafar (el victorioso). Este título resultó muy equivocado cuando se dejó engañar por los cristianos, saliendo de la ciudad y cayendo en una emboscada que le habian preparado, en la cual estuvo á punto de quedar prisionero. El año 457 (1065) volvió á presentarse Fernando delante de Valencia y ciertamente la hubiera conquistado si una enfermedad no le hubiese obligado á emprender la retirada, lo que salvó una vez mas la ciudad. Para preservarla mejor de un nuevo percance Ma'amun de Toledo hizo prender al inepto Abdelmelik, que era su yerno, y se posesionó en 457 (1065) de la ciudad y de su territorio.

Entretanto tampoco lo habian pasado bien los mahometanos del otro lado del Ebro. Desde algunos decenios antes varias bandas de normandos habian tomado parte en las guerras de los condes de Barcelona contra sus vecinos mahometanos. Sabido es, y en adelante tendremos que hablar de ello, que aquellos rudos hijos del Norte, establecidos junto á la embocadura del Sena, se dirigieron á bandadas al Mediodía de Europa para sentar allí plaza en los ejércitos de los soberanos. Pues bien, á una hueste compuesta de normandos, borgoñones y franceses, que estaba probablemente al servicio del papa Alejandro II, ocurrió súbitamente la idea de atravesar los Pirineos y entrar en España, acaso para tomar venganza de los mahometanos por las piraterías que habian ejercido en las costas de Italia y por las crueldades que habian cometido desde el entronizamiento de Mudschahid en Denia. Los nuevos invasores tomaron terrible venganza, por supuesto en personas que ninguna parte

(1) No está probada la coincidencia en un mismo año del atentado y muerte de Ismael y la victoriosa invasion del rey Fernando. Yo he creído asociar los dos sucesos para motivar la conducta pusilánime de Abbad Motadid, bien que basta para explicarla la conducta floja de otros príncipes mahometanos, como luego veremos.

habian tenido en aquellas empresas de piratas. Tomaron á Barbastro, la plaza mas fuerte de los mahometanos de Aragón en el Norte del país, porque ni Moctadir de Zaragoza ni sus grandes vasallos tenian fuerzas suficientes para socorrer la guarnicion y ofrecer batalla á los invasores. La guarnicion se rindió por capitulacion, pero los bárbaros normandos y francos deshonraron su nombre de cristianos faltando á lo estipulado, haciendo una espantosa carnicería y cometiendo atrocidades indecibles en los habitantes (2) que no murieron degollados. Hasta en Andalucía se apoderó el terror de todo el mundo, pero á nadie, por lo menos á ningún gobernante, ocurrió reflexionar sobre las causas que en el espacio de medio siglo habian convertido el formidable imperio hispano-mahometano en campo donde cualquiera horda salvaje podia cometer libremente sus atrocidades sin que los reyes y demás potentados, alojados en fastuosos palacios, donde hacian cantar por poetas asalariados sus hechos gloriosos imaginarios, levantasen ni una mano para rechazar á los bestiales enemigos. El pueblo en cambio comenzó á exacerbarse; hombres sagaces y valientes hicieron en escritos históricos paralelos entre el estado floreciente, la tranquilidad y seguridad que habia disfrutado el país en tiempo de los califas, y la miseria de aquella época, con su multitud de Estados independientes é impotentes; pero en las cortes se observó la conducta del avestruz.

El destino, sin embargo, concedió á los Estados mahometanos un nuevo plazo de gracia para determinarse por una política varonil y patriótica, con la muerte de Fernando I á fines del año 1065 (principios de 458) y con diez años de contiendas intestinas entre sus tres hijos por la sucesion, hasta que Alfonso VI quedó soberano único de los tres reinos de Castilla, Leon y Galicia. Motadid de Sevilla no supo aprovechar mejor este plazo que volviendo á sus conquistas y despojando á sus vecinos; pero como sus excesos en el trabajo y en los deleites materiales y los muchos cuidados que pesaban sobre él aceleraron su muerte, hizo al país á lo menos el bien de librarlo en 461 (1069) del principal autor de sus discordias interiores. Sin embargo, pronto se vió que el porvenir no dependia de la vida ó muerte de determinados individuos, sino que toda la sociedad estaba enferma, de suerte que si las inteligencias mas privilegiadas y mas notables pudieron conocer el mal, nadie lo podia curar.

Ya hemos tratado en otro capítulo de describir la doble faz que presentó esta época. Además del bienestar material y los regalos de la vida exterior, que disfrutaba entonces todavía la nacion hispano-árabe, habia llegado su vida intelectual á su apogeo. Jamás habian sido cultivadas ni apreciadas tanto como entonces la poesía y las ciencias. El emir Mozafar de Badajoz y despues su hijo Omar El-Mutawakkil figuran á la altura de los sabios mas laboriosos y de los literatos mas eruditos de aquel tiempo. Entre los innumerables poetas hispano-árabes que se distinguen por la gracia especial de las ideas y el sentimiento profundo que campean en sus versos, se dará siempre el primer puesto á Mohammed, el amable é infortunado hijo del terrible Abbad Motadid, que entonces se sentó con el nombre honorífico de El-Motamid en el trono de Sevilla. Rivalizan con él un grandísimo número de poetas, como el eruditísimo Ibn Abdón de Badajoz, Ibn Khafadscha de Júcar, Ibn Said de Granada, y los amantes novelescos, la bella Walada, la hija del omiada Mustacfi, al cual tan poco se pareció, y su amante Ibn Seidon, el Tibulo andaluz. De paso citaremos tambien á los grandes

(2) Para mas detalles, véase la obra de Dozy: *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne*, II, págs. 340 y siguientes.

poetas judíos españoles, Samuel El Nagid, el visir de Granada, y el primero de todos Salomon Ibn Gabirol.

Tambien tuvo en esta época su verdadero apogeo la historia, que los hispano-árabes cultivaban con pasion especial. Uno de sus representantes mas señalados es el noble Ibn Hasm, en otro tiempo visir del infortunado Abderraman V, y que trató de olvidar la miseria de su tiempo, despues de la ruina del califato, con los estudios profundos y múltiples teológico-jurídicos é históricos; y el autor propiamente clásico en este ramo literario y científico, Ibn Haiyan de Córdoba, que escribió la historia de su época en 60 tomos, fuente principal y casi única para todos los historiadores posteriores. Lo que coloca á estos y otros autores de su época muy por encima de los que les precedieron son su imparcialidad y su veracidad, que solo pudieron desarrollarse en las circunstancias políticas de su tiempo, quiere decir en la época de la gran division territorial. Sus trabajos, que por desgracia solo han llegado á nosotros en fragmentos, aunque numerosos, ocupan el primer lugar en la literatura histórica mahometana en general. A estos autores se eslabona naturalmente el erudito geógrafo El-Bekri, de la familia soberana de Huelva. Las ciencias naturales y la filosofía fueron mas que las otras beneficiadas por las circunstancias políticas de aquella época, en que los potentados árabes y eslavos se mostraron decididamente contrarios desde un principio al espíritu mezquino fanático que en España mas que en otra parte alguna habia impedido el libre desenvolvimiento de esta clase de estudios, que desde Almanzor habian ido recordando su vitalidad despues de una larga interrupcion, y al cerrar la época aparecen los grandes genios médicos Abu'l Kasim de Zahra, la ciudad construida por Abderraman III, conocido en el Occidente neo-latino por el cirujano mas famoso de la Edad media bajo el nombre corrompido de Albucazís, y luego Abu'l Ibn Sohr, que pertenecía á una familia célebre por sus muchos sabios y estadistas que produjo y á quien volveremos á encontrar en el curso de nuestra narracion. Al concluir esta época aparece la pura é ilustre figura del primero y mas grande filósofo aristotélico español, Ibn Badscha de Zaragoza, el Avenpaz de los escolásticos.

No há mucho que se ha llegado á probar científicamente la imposibilidad de hallar la famosa cuadratura del círculo que durante generaciones ha ocupado á los sabios mas sagaces; pero hay tambien un problema moral que no ha encontrado todavía su Edipo. Meditando sobre la historia de las naciones, se observa que la civilizacion material para llegar á cierta altura necesita libertarse de ciertas premisas, por no decir preocupaciones nacionales y religiosas, á fin de facilitar á las ciencias, y en especial á la filosofía, el medio de desenvolverse con vigor. Pero tambien se observa que esta civilizacion degenera al poco tiempo infaliblemente en afeminacion, y la libertad en escepticismo, y una y otro consumen el vigor de la nacion y le quitan en gran parte ó totalmente los principios fundamentales del sentimiento religioso, innato é invariable, y el sentimiento de lo mas elevado y santo, de la fidelidad debida á la nacionalidad propia, que no debe confundirse con la patriotería vocinglera. Por fortuna, todavia no se ha podido probar la imposibilidad de dar una solucion favorable á este problema, y por esto no debemos cejar en nuestros esfuerzos para unir la libertad del pensamiento con la autonomia individual y la educacion con la robustez y la fuerza. Sin embargo, hasta hoy no presenta la historia de la humanidad ninguna nacion que haya logrado reunir estos extremos.

La nacion hispano árabe habia llegado á mediados del siglo XI al punto máximo de su desenvolvimiento, y desde

entonces empezó á manifestarse el reverso de sus brillantes conquistas materiales, intelectuales y morales. No en la masa de la poblacion, pero en las clases influyentes se habia trocado la vida cómoda en voluptuosa, la libertad de la inteligencia en arbitrariedad y desenfreno, y en los deleites de la civilizacion habian desaparecido los grandes sentimientos de fe y de patria, que en el Oriente mas que en ninguna otra parte van indisolublemente asociados. El particularismo de las razas y tribus, efecto de la exageracion de las fuerzas de estas colectividades, habia desaparecido, sin que ocupara su lugar ninguna otra idea, y esto explica el hecho, á primera vista incomprensible, de que ningún emir de España comprendiese lo que hombres del pueblo tiempo hacia habian visto y dicho, á saber: que las guerras emprendidas por Fernando I encerraban peligros muy distintos de los que habian presentado todas las anteriores. Estando ya en juego la existencia misma del Islam en la Europa occidental, dijo Motamid, el ilustrado y bien intencionado emir de Sevilla: «Opino que la inteligencia consiste en dejar de ser inteligente;» su conducta fué ajustada á este principio, y los demás hacian poco mas ó menos lo mismo. Los príncipes mahometanos, en vez de aprovechar los años que pasaron en las contiendas entre Alfonso VI y sus hermanos Sancho y García, para organizar entre los potentados sus correligionarios una liga defensiva general contra los cristianos, continuaron disputándose los girones del imperio desmembrado como los perros se disputan un hueso, y cuando súbitamente oyeron el chasquido del látigo perdieron toda su serenidad. Los que manejaron este látigo estaban trezándolo desde mucho tiempo antes. A este trabajo preparatorio dirigiremos ahora nuestras miradas y despues expondremos las consecuencias que produjo.

CAPITULO II

LOS BEREBERES EN ÁFRICA Y EN SICILIA. — LOS ALMORAVIDES Y LOS ALMOHADES

Dos son los factores que rigen principalmente la formacion de los Estados ó naciones, segun la teoría de Ibn Khaldun, el mas capaz de los historiadores árabes y uno de los historiadores mas ilustrados del mundo, á saber: bajo el punto de vista exterior, la relacion entre los pueblos sedentarios y los nómadas, y en el interior la sociabilidad innata en el hombre, el interés que le merece la cosa pública ó sea la suerte de la colectividad á la cual pertenece, y la identidad del modo de pensar que une á todos los individuos de una colectividad, identidad que para Ibn Khaldun, como oriental, consiste principalmente en la de la religion. Respecto del primer factor, la marcha de los sucesos, por regla general, es que un pueblo valiente, arrojado y belicoso de resultados de la vida nómada, llena de privaciones duras y de luchas continuas, se arroja sobre un pueblo vecino, de civilizacion muy adelantada, y por lo mismo afeminado y débil, lo somete y se apropia las conquistas de su civilizacion (1). El disfrute de los bienes del pueblo conquistado eleva mas ó menos rápidamente al pueblo vencedor á un grado desconocido para él de cultura material é intelectual, hasta que llega á un punto en que el abuso de los goces materiales hace perder á la clase dominadora sus cualidades guerreras y disminuye la fuerza defensiva del Estado, que á su vez llega

(1) Para mas detalles, véase el trabajo de Kremer: «Ibn Khaldun y su *Historia de la civilizacion de los imperios mahometanos*,» en el tomo 93 (1879, págs. 581 hasta 634) de las sesiones de la seccion de Historia filosófica de la Academia Imperial de Ciencias de Viena. Háse impreso este trabajo tambien separadamente.